

Perullo

Pasa un hombre huertano o campesino por la ciudad; su atuendo es sencillo: unos pantalones de pana negra o de paro gris, unas zapatillas, un chaleco oscuro sobre una camisa blanca con botones negros, un sombrero desteñido, sudado, blanquecino, con mondadientes en la cinta; camina echado hacia adelante, más bien doblado por los aros y el duro trabajo en la tierra, su marcha es torpe, si un coche pasa próximo se asusta con facilidad y se para bruscamente, mira los letreros con los ojos guiñados, ignorante de su leyenda, se limpia los pies antes de entrar en un establecimiento y lo piensa mucho porque le encorta hacerlo...

Dos o tres ciudadanos le contemplan desde lejos, parapetados en su densa gramática parda, seguros de sí, conspicuos, paliqueros, inclementes. Dicen con altivez:

- Mira qué perete, anda como si fuera pisando huevos.
- No te se antoja más despistao que una burra en un garaje.

Hombre de la ciudad: sé indulgente con el prójimo rural y repara, si es que puedes, en que la cultura (?) que te jactas de almacenar en tu caletre a lo mejor no es tanta; cuida tus propios errores, te será útil, que el sapientísimo refrán amonesta que "se ríe de sus defectos quien no calla los ajenos".

Entra una mujer en una tienda, lleva moro recogido en un paruelo negro, un delantal marrón oscuro que le cubre enteramente la parte anterior del cuerpo, en una mano una capaza, en el brazo una cesta de mimbre añoso; avanza atropelladamente, se acerca al mostrador, tiende el pequeño papel de estraza donde lleva anotado algo y lo enseña al dependiente.

- Aquí no es; eso se vende en una droguería.

Carraspea:

- ¿Y ande está eso?

En la esquina, salga usted a la calle, siga todo recto, doble a la derecha, cruce la plaza y allí mismo tiene una...

Guiña los ojos, mira a todos lados, se enerva, parece no entender, pregunta con entrecortamientos:

- ¿Ice usted que to recto, y que luego a mano erecha, y qué más...?

Hay que explicárselo cinco o seis veces; y luego, posiblemente, habrá alguien de ofrecerse voluntario para acompañarla hasta la esquina. A la vuelta, el comentario es tópico:

- ¡Qué perulla! ¡Cómo podrá ser la gente tan torpe!

Hombre de la ciudad: sé tolerante con quien viene y va al trabajo, procura respetar, —con lo cual te estarás respetando a ti mismo— a quienes no han tenido las

mismas oportunidades que tú en el reparto veleidoso de las oportunidades, vive y deja vivir; ignora, en fin, y deja ignorar.

—Yo no sé de letras.

Dice el agricultor. Y está honestamente reconociendo un hecho.

Pero ¿qué hace, por contra, el hombre de la ciudad? Ignorar lo mucho que ignora. Por eso quiere saber todo de todo, discutir de todo, presumir de autorizado en todo. He aquí la razón medular de que las gentes de la ciudad tengamos para con las del campo palabras nada amables, malintencionadas, impertinentes... En la ciudad se moteja así al campesino: inculto, cepa, ceporro, rudo, basto, bruto, ignorante... Y bien ¿quién lo es más? El hombre del campo de una cosa está seguro, una cosa sabe: sabe que no sabe nada. Pero el de la ciudad no sabe que no sabe nada. Ignora o pretende ignorar. Es más ignorante.

Cuando un ciudadano que presume de culto se burla de su prójimo, de un prójimo que no sabe tanto como él, habría que ponerle frente a La Claridad Desierta del verso de Bergamín:

Tú que sabes tantas cosas,
dime por qué vuela el pájaro;
por qué crecen las espigas;
por qué reverdece el árbol.

Por qué se alumbran de flores
en primavera los prados.
Por qué no se calla el mar.
Por qué se apagan los astros.

Por qué es sonoro el silencio
en la soledad del campo;
y el agua corre a esconderse
entre su risa y su llanto.

Por qué el viento aviva el fuego
cuando no puede apagarlo.
Por qué el corazón se duerme
si el alma sigue soñando.

¿Por qué...? Y aún se podrían añadir más, muchos más porqués, nuevos interrogantes, a fin de planteárselos, en un rosario interminable, al hombre que presume de conocer tanto, a ese hombre que no acierta a distinguir entre su propia ignorancia y la ignorancia ajena, entre la ignorancia particular y la ignorancia del común.

En Murcia al campesino y al huertano se les llama peyorativamente: perete, perullo, bato..., siendo el primero un término más cordial que los otros; pero englobando todos ellos, y por igual, ese sentir de rudeza, timidez, introversión y falta de desparpajo y desenvoltura social que se atribuyen, como defecto, al hombre rural.

No constituye novedad alguna decir que el hombre de la capital y el huertano emplean un mismo vocabulario que organizan, armonizan y desorganizan de forma harto distinta. Esta diferencia era mucho más ostensible en el pasado que en el presente, en que el trasiego humano de un punto a otro es mayor, y dio origen al dialecto panocho, cuyas peculiaridades quedan ahora fuera de lugar. Por mucho que se diga del perullo con respecto a su zafiedad, el hecho concreto es que, en su ambiente, es, sin duda, parlanchín, ocurrente e ingenioso; e ítem más: tengo para mí que influye con los términos que acuña en el habla del hombre capitalino. Veámoslo: es él quien dice burra a la bicicleta y espantaburras al guardia urbano (—que, según él porta un jarro en la caeza y un calcetín en la mano—); y dice que un joven re-pulla ante una moza... El huertano está continuamente jugando con las palabras y aplica sabiamente los slogans publicitarios; así cuando da a alguien una palmada en la espalda diciéndole: " ¡T'as pasao!". O cuando se lleva la mano a la altura del corazón para preguntar a la mozuela de turno: "Quieres ser mi calorcillo?" O cuando al melenudo de andar prieto le llama "amariposao" o "café con leche" y, enseñándole una azada, le sentencia: "No cojas eso, que es cosa de hombres..." Muy al contrario de lo que comúnmente se piensa, el perullo sólo es torpe fuera de su medio — ¿Quién no es torpe fuera de la propia rutina?— y no exhibe boca de rayo, sino boca de Júpiter, que es lo mismo, pero en fino.

La gran tribulación del hombre rural comienza cuando se ve obligado a dejar las faenas de la tierra —aquellas que le son propias— para acercarse a la capital. Teme entonces el hombre rural, teme la malicia de la gente, las risas soterradas, los malos modos, las chanzas que hacen a su costa... Esto le pone nervioso, le desasosiega, le enerva, le resta alcance discernidor. ¿Por qué? Porque sabe él que se van a reír los demás a su espalda, que van a decir de él que parece un espantajo, que anda espatarragao, que zaguea, que relincha... Estos, y otros menos piadosos piropos, provienen de la costumbre vernácula de comparar la actitud racional con la del animal del entorno; costumbre que el propio hombre rural ha puesto en órbita, que emplea a menudo en los bandos panochos, que utiliza para bromear; pero que no gusta que se lo apliquen a él como un sambenito. Bien está, piensa, que se intercambien chirigotas, pero que se intercambien, porque no es justo que el hombre de la ciudad se parapete en su mundología para, desde una posición de privilegio, asaetearle impunemente a él, como un zurrado francotirador asaetea a su inocente víctima.

El hombre rural pierde flexibilidad en la urbe, y su labia y verbo y gracejo cotidiano se eclipsan, con lo cual parece encortado ante los demás. Tal ocurre cuando aguarda, arrugado, en los antedespachos de las direcciones bancarias, sin dejar de dar vueltas a la boina o al sombrero (que los churubitos llaman chapeo), mostrando blanca la parte del cráneo que la prenda ha resguardado del sol, mordisqueando un palillo, estrujando un papel, quizá rezando para que le concedan el crédito o le guarden unos días más la letra o se la renueven; el pico —con perdón— cerrado, el verbo remiso, los nervios cruzados.

Y otro tanto ocurre en los centros oficiales, donde el disminuido hombre rural empequeñece al verse rodeado de tanta gente dinámica, avispada, que agita sus carteras y attachés como si le amenazaran; y él, en medio, mirando las grandes ventanillas de abigarrados bronces, y las escaleras, y los ascensores, y los pasillos que dan a nuevos pasillos y a nuevos patios de mármoles llenos de tablones de anuncios, donde encuentra nuevas gentes que le miran a través de ventanillas siniestras —como en un dramón kafkiano— deseando que se acerque él, para inmediatamente, como desahogo de quién

sabe qué inflar los ojos, erizar el bigote, pasarse las manos por la calvicie y gritarle al pobre que qué quiere, que allí no es, que si no ha reparado en que le falta una póliza al impreso. Por éste motivo, el hombre rural prefiere dar veinte duros de los treinta que va a cobrar para que el ordenanza le llene el impreso. Son éstos últimos —no pocas veces huertanos o campesinos aventajados— los que hacen el agosto a cambio de prodigar no pequeñas atenciones y simpatías que el hombre rural se apresura a agradecer.

Habría que gastar más tolerancia y comprensión con los menos pulidos y recordar que siempre habrá alguien que pueda llamar perullo a otro; porque, afortunadamente, los hombres no somos todavía, como dicen las mujeres, todos iguales. La cadena de subordinaciones —incluso intelectuales— es infinita y si el hombre del cogollo ciudadano está más en contacto con la realidad cultural, lógico es que tenga supremacía sobre el del arrabal o la empobrecida barriada a extramuros. Es del campo, dicen los de pueblo, es de pueblo, dicen los de la ciudad, es provinciano, dicen los de Madrid, y así se podría llegar hasta el infinito.

Bien supo entenderlo el espantaburras (—de que nos habló, creo que Emilio, el de los Muebles—) que una buena mañana del progreso murciano, es un decir, apareció aupado a su redonda barbacoa metálica para regular el tráfico motorizado de la plaza de Martínez Tornel, a fin de que los automóviles fuesen por la calzada y las personas por la acera, y de que se respetasen los semáforos, y de que se cruzase por las rayas de los pasos de cebra... Agitaba al parecer las manos el bueno del espantaburras como si se las hubiera quemado, saludaba, llevándose con mucha prosopopeya el blanco guante a la cabeza y ordenaba el tráfico con el chirrido cigarrero de su pito de aluminio o de latón.

— Piiiiii, piiiiii —hacía sonar su instrumento el guardia y los coches se detenían como frenados a una.

— Piiiiii, piiiiii, —volvía a hacer sonar el pito y nuevamente los autos se movilizaban y las gentes se detenían.

Y el pobre perullo —con el mayor respeto sea dicho—permanecía quieto, aquietado, observando atentamente desde la puerta del Café del Sol, sin saber qué hacer, deduciendo conductas, esperando ver... Y, de pronto, al hombre le dio por cruzar, y cruzó, con tanta brusquedad que dos coches se acometieron y una bicicleta se fue contra una farola, todo por no pillarle; y el guardia, autoritario, desde la supremacía de su barbacoa municipal, se desgarraba pitando, enfadado, gritándole:

—Piiiiii, piiiiii..., por la raya...,vaya usted por la raya...

—¡Por la raya! —exclamó el compungido y atolondrado huertano— Pero ¡Cómo leche voy a echar por La Raya si yo voy pa L'Arboleja!

¿Verdad que era ilógico multarle? ¿Verdad que no era tan perullo este perullo?